

tranjeras miraban al *Ayala* con una mezcla de pasmo y sorpresa. Desde un *Monte* nos daban gritos. Era el carpintero del *Albertia*, que sentía unas nostalgias irresistibles. Entonces ardió *Cara al sol*. Fué como una súbita llamarada, como algo que se enciende con la tarde, que se confunde con la luz rojiza del atardecer, que renueva el aire y la luz y da gracia y amor a las cosas. Estábamos firmes, tensos, paladeando la hermosura de la canción, y los gritos del muelle se unían a los nuestros y a los de los barcos y a la estupefacta curiosidad de los marinos extranjeros.

Luego Hidalgo reanudó su charla. Cepeda andaba de un lado para otro, interrogando a Pilar, al capitán —yo le llamaba «capi», con esa particular confianza que se toman los periodistas jóvenes—, a Merche Larrazabal, a las veteranas del año pasado, a las más guapas bisoñas de la nueva expedición, de vez en cuando descendía del puente para interrogar a Hidalgo, e Hidalgo respondía magníficamente a sus preguntas. Nos sacó de nuestra abstracción un tremendo griterío. Posiblemente naufragábamos.

—Mira, mira...

Miré: con unanimidad extraparlamentaria todos los brazos señalaban la carretera de Algorta. Un autobús marchaba lanzado. Era el de las chicas de Pontevedra. Seguramente que ni la presencia de Lali Ridruejo bastaría a tranquilizar sus ánimos, porque al ver al barco en marcha más de una debió de opinar que se habían ahogado en la mismísima ribera, casi a pie enjuto. Luego supe que Lali y París les gastaron con éxito esa broma. La Universidad, el puente del Generalísimo, los talleres de Euskalduna, los Altos Hornos de Vizcaya —se iba ennegreciendo la tarde, se mineralizaba la tarde y el calor era pesado, de caldera, de fragua, de máquina próxima

a reventar—, y antes, en la Campa de los Ingleses, la disciplinada formación de cientos de camiones americanos. De ventanas y balcones nos decían adiós. Se encendían luces en ambas márgenes del Nervión.

Oscureció vertiginosamente. Tronó lejana la artillería celeste. Así debió de oírse el combate de Luchana, así la tormentaria de Zumalacárregui, así la tropa de Mola, el ataque de Franco sobre el famoso «cinturón de hierro». Así debió de sonar la voz de España llamando sobre la Villa, convocando a los hombres de la Villa, a los vivos y a los muertos, a los caídos en combate y a los asesinados oscuramente, a los vencedores y a los vencidos, a los que aguantaban y a los que huían. La tormenta se había desatado furiosamente. Se agrietaba el cielo en unos relámpagos espectaculares, como dientes de mastín en la noche. Llovía a torrentes: más agua se controlaba sobre cubierta que bajo la quilla. Cenaban ya las chicas del primer turno. Se echó la niebla y tuvimos que fondear en el Abra para evitar la menor sombra de incidente con otros dos barcos que andaban por allí, como el nuestro, haciendo de tropezones en el puré. Apenas si nos dimos cuenta de nada; cada cual siguió en su tertulia, y las que cenaban ya no perdieron el apetito. Las chicas de Pontevedra esperaron más de dos horas en un galpón muertas de frío. En Erandio se hizo la ciaboga. La tormenta parecía alejarse, pero sin quitarnos su ojo pirata de encima. Se veían las luces de Santurce. Luego, Santurce mismo. Luego el muelle, y en el muelle las chicas de Pontevedra protegiéndose del agua bajo un cobertizo. Entre ellas Margot Portela, que en el viaje anterior iba enrolada en el grupo de Vigo.

—Así que —les dije a unas cuantas chicas ante las que pontificaba como veterano—, así que repetimos viaje.